

Santa Teresa grande amiga de Burgos

SÓLO con echar rápida ojeada a nuestros anales domésticos, veríamos desfilar por las calles de nuestra ciudad a los personajes de más alta cumbre social, política, científica y religiosa que ha habido en nuestra Patria, y no pocos de las extrañas, casi desde que Burgos existe; pues apenas fundado, adquirió importancia, opulencia y fausto de corte, por los trascendentales asuntos políticos que dentro de sus muros se ventilaron y por la regia munificencia de nuestros primeros jueces y condes, que sin desdoro se sentaban al lado de los monarcas de la España cristiana de entonces. Uno de estos personajes fué Santa Teresa.

Por muchas razones, que no es del caso explicar aquí, la Santa gustaba de fundar en poblaciones grandes más que en pueblos pequeños y miserables; y puede decirse que no bien hubo concebido el proyecto de extender su Reforma fuera de Avila, una de las primeras ciudades en que puso los ojos fué Burgos, si bien en la realización ocupa el último lugar.

En su correspondencia epistolar, hace mérito frecuente de nuestra ciudad, pero en una de sus cartas hay cierta frase, tan sumamente expresiva, que pone fuera de discusión el aprecio que la Santa hacía de nuestra vieja urbe, cabeza de Castilla, y de la grande importancia que le daba. Escribiendo a la famosa literata (*letrera* le llama Santa Teresa) María de San José, priora de las Carmelitas Descalzas de Sevilla, con fecha 6 de Febrero de 1582, le dice: «Esta escribo desde Burgos, adonde estoy ahora. Doce días hace que llegué y no se ha hecho cosa de la fundación, porque hay algunas contradicciones. Un poco va al modo de lo que ahí [en Sevilla] pasó. Yo voy viendo lo mucho que se ha de servir Dios en este monesterio, y todo lo que ahora se ofrece será para mejor y para que más se conozcan las Descalzas, *que como este lugar es un reino*, quizá no se tuviera memoria de nosotras si entráramos callando. Mas este ruido y contradicción no hará daño que ya andan algunas monjas movidas para entrar aunque no está hecha la fundación». La frase subrayada vale por todo un tomo de encomios a Burgos.

Este alto concepto que tenía de nuestra ciudad, le decidió a visitarla y fundar en ella un convento de Descalzas, en circunstancias tales, que de no haberla estimado tanto, no habría venido. Dos im-

portantes poblaciones solicitaban de Santa Teresa en 1581 una fundación de Descalzas: Granada y Burgos. Por la primera hacía fuerza nada menos que el gran cantor de la naturaleza San Juan de la Cruz, quien, para más obligarla, se trasladó de la antigua ciudad de la Alhambra y de los Cármenes a Avila de los Caballeros, con propósito decidido de llevarse a la Madre y ejecutar la fundación. Por Burgos no había personaje tan calificado que por él abogase. No hacía falta. En este pleito venció el amor.

Sin reparar en los fríos que en las llanuras castellanas hace en el mes de Enero, Santa Teresa, que estaba ya achacosa y vieja (tenía 67 años, muy trabajados) emprendió el viaje, forzosamente lento y en malísimas condiciones, el 2 de Enero, y el 26, en un atardecer gris, estaba ya en los arrabales de nuestra ciudad, visitando el Santísimo Cristo, primer acto que en ella ejecutó. La propia Santa cuenta con inimitable gracejo y donosura las peripecias, ya serias, ya divertidas, del viaje. Realmente, parece increíble que una monja tan cargada de enfermedades y de años y con tiempo tan malo, tuviese humor para divertirse tan bonitamente y hacer agradabilísimo el camino a todos los que le acompañaban.

Así es el santo de buena cepa española. Los extranjeros muchas veces no nos comprenden, porque éstas parecen cualidades que Dios ha reservado a la nación hispana, que si tiene sus defectos, posee también excelencias y propiedades muy exquisitas y envidiadas. Con tales prendas ¿no ha de ser la Virgen de Avila orgullo del pueblo español y la Santa de la Raza?

Pero es el caso, que a Santa Teresa nos la envidian todos los pueblos cultos, y todos desearían tenerla por paisana. Hay que leer la producción literaria de estos últimos años en las principales naciones de Europa, para hacerse una idea aproximada de lo que a la Santa se la estudia, se la quiere y se la venera. Es éste un tema tentador, pero es preciso poner fin a estas cuartillas.

Y se lo pongo muy gustoso haciendo resaltar de nuevo el amor a Burgos de la Santa incomparable de la Raza, ya que por particularísima deferencia suya, que nunca podemos agradecerle bastante, nos hizo depositarios de su última voluntad, de su testamento de fundadora (aquí escribió el último capítulo de sus obras), y con su estancia nos dejó el precioso perfume de sus virtudes, ya en plena madurez y a punto de ser trasplantadas a las regiones inmortales de la gloria que alcanzan los genios, y de la bienaventuranza que alcanzan los santos. Santa Teresa se despidió de nuestra ciudad diciendo: *De Burgos al cielo.*

FR. SILVERIO DE STA. TERESA, C. D.